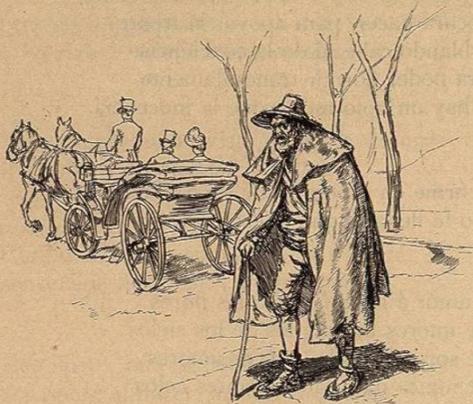


Y ¿cómo remediarlo? Así es la vida,
y jamás ha de ser de otra manera.

LIV

¡Igualdad y miseria! Como todo,
cuando Dios creó el sol, ¿lo hizo de lodo?



LV

Egoísta y falaz, siempre he creído
que el velo te pondrás de desposada
tan pura como el día en que has nacido,
mas pura con el alma desflorada.

LVI

Conocerás, lector, por tu conciencia,
que allí donde hay amor, no hay inocencia.

LVII

Deja que mi ternura
te cuente mis amores,
porque soy, cuando miro tu hermosura,
un árbol carcomido que echa flores.

LVIII

¿Qué es de tu amor?— No sé. Le dí mi mano
á aquel objeto de las ansias más,
pero á los pocos días
dejó de ser mi esposo, y pasó á hermano.

LIX

Se oye á los seres que nos son queridos
poniendo hasta en los ojos los oídos.

LX

Háblame más... y más... que tus acentos
me saquen de este abismo;

el día en que no salga de mí mismo
se me van á comer los pensamientos.

LXI

La amé el año pasado,
y ya hace un siglo, ó dos, que la he olvidado.

LXII

Aunque te admiro tanto,
perdona, Clara Lengo,
si, temiendo afligirte, no te canto,
porque, á la edad que tengo,
lo que empieza en canción, acaba en llanto.

LXIII

En lo ideal mecida,
el llamarte á las cosas de la vida
es inútil empeño,
para tí el despertar, ó estar dormida,
es dejar el delirio por el sueño.

LXIV

Sé que al morir para alcanzar la gloria
limpió su corazón de tu memoria.

LXV

Alegría y tristeza
suelen ser un error de perspectiva,
sobre todo al juntarse en la cabeza
con los sueños de abajo los de arriba.

LXVI

Hay quien es, aunque alegre y casquivana,
por cálculo más casta que Diana.

LXVII

Ten siempre con un manto
velados tus encantos pudorosos,
porque, en cosas de encantos misteriosos,
perdido ya el misterio ¡adiós encanto!

LXVIII

Conforme el hombre avanza
de la vida en el áspero camino,
lleva siempre á su lado la esperanza,
mas tiene siempre enfrente á su destino.

LXIX

Ya sé, ya sé, que con formal empeño
soñaste en resistir, pero fué un sueño.

LXX

Renovando mis tiernas emociones,
me han probado tus quince primaveras
que son nuestras postreras ilusiones
iguales en frescura á las primeras.

LXXI

Como oye hablar del hecho hasta el abuso,
llama un cura al amor *el vicio al uso*.

LXXII

Preguntas ¿qué es amor? Es un deseo
en parte terrenal y en parte santo:
lo que no sé expresar cuando te canto:
lo que yo sé sentir cuando te veo.

LXXIII

Al dar este abanico aire al semblante
tal vez pueda templar, Eugenia mía,
esa alma delirante
que no tuvo en la vida un solo amante
ni vivió sin amar un solo día.

LXXIV

Jamás mujer alguna
ha salido del todo de la cuna.

LXXV

Recibe, hermosa Gloria,
este retrato mío.
Tú has dejado en mi vida una memoria
más blanca que la estela de un navío.

LXXVI

¿Qué placer hay tras el amor primero?
La devoción, que es nuestro amor postrero.

LXXVII

Busca en todo rivales tu mirada;
y recuerdan tus celos
un marino en el mar con sus gemelos
que siempre está mirando, y no ve nada.

LXXVIII

La amo poco, es verdad. Mi alma rendida,
¿á quién dirás que adora?
A la muerte, la sola poseedora
de todos los descansos de la vida.

LXXIX

El amor que más quiere,
como no viva en la abstinencia, muere.

LXXX

La conciencia, al final de nuestra vida,
sólo es un laberinto sin salida.

LXXXI

Deja que miren mi vejez cansada
esos ojos risueños,
pues echa, sin quererlo, tu mirada
un revoque al palacio de mis sueños.

LXXXII

Aunque es la infel más pecadora que Eva,
no se preocupa de ello;
pues cree que ha de ir al cielo porque lleva
la Virgen del Pilar colgada al cuello.

LXXXIII

Las almas muy sinceras,
confundiendo mentiras y verdades
después que hacen de sueños realidades,
elevan realidades á quimeras.

LXXXIV

Ayer le enajenabas con tu acento;
pero hoy ya le constipas con tu aliento.

LXXXV

La gloria vale poco ante la historia,
pero ¿vale algo más lo que no es gloria?

LXXXVI

Le dieron una flor, y ahora nos cuenta
que su alma enamorada
tan sólo se alimenta
del olor de una rosa disecada.

LXXXVII

Me suelo preguntar de dudas lleno:
— ¿Son mejores los buenos, ó los justos?
Y la elección va en gustos;
yo doy todos los justos por un bueno.

LXXXVIII

Sabiendo mi virtud ¿por qué te extraña
que me encuentre, á mi edad, alegre y sano?
De remiendo en remiendo una cabaña
vive más que Pompeya y Herculano.

LXXXIX

En cuanto á castidad todo la espanta;
ve un espejo y se oculta la garganta.

XC

Teme á las ilusiones;
que es peor la ilusión que las pasiones.

XCI

¡Sufre! ¡Sufre! ¡Traidora que abomino!
Tu vida al lado de él, es un camino
que conduce al infierno.
¡Ya ves que muchas veces el destino
adelanta los juicios del Eterno!

XCII

Las Gracias fueron tres sin duda alguna:
pero, desde hoy, el que lo diga, miente.
Las gracias eran tres antiguamente:
después que ésta nació ya no hay más que una.

XCIII

Tiene este abanico el don
de dar al viento ligero
todo acento de pasión,
por eso oculto un «te quiero»
que siento en mi corazón.

XCIV

Una sola mirada, si no es pura,
en mujer á una niña transfigura.

XCV

Mártir en lo pasado, ya inclemente
aspira á ser verdugo en lo presente.

XCVI

¡Falsa! Al hablarme, una ilación extraña
me trae á la memoria
que á mí sólo me engaña
cuando me dice la verdad, la historia.

XCVII

¡Ay! Como el cielo te ha dado
gracia, juventud y amor,
cuando te veo á mi lado
parece que Dios ya ha echado
sobre mi tumba una flor.

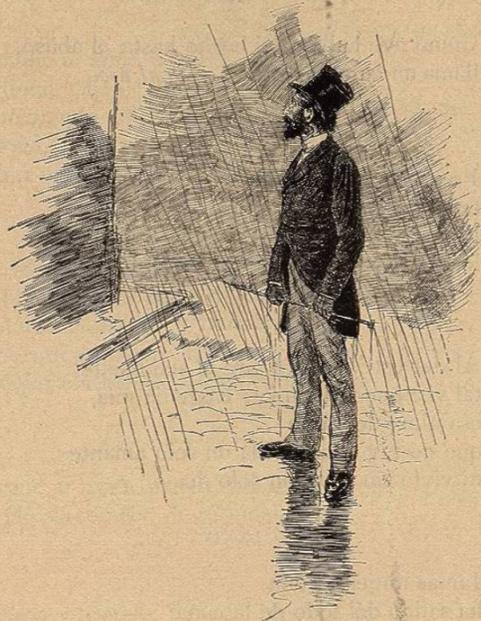
XCVIII

Tal vez hallar consiga
á mis grandes errores un consuelo,

viendo que, á veces, por bondad del cielo,
el rayo que va á un rey, da en una hormiga.

XCIX

He amado á esa mujer de tal manera,
que no me volví loco, porque lo era.



C

¡Qué bien has aprendido en tu provecho,
que ser mala es un cálculo mal hecho!

CI

¿Es sueño, ó realidad, lo que he vivido?
No lo sé; pues, yo que hablo, no estoy cierto,
si al juzgarme despierto, estoy dormido,
ó al crearme dormido estoy despierto.

CII

Siempre es para vosotras peligroso
un ánimo aguerrido
y un uniforme hermoso.
El fausto militar ¡sexo precioso!
siempre ha sido y será tu prometido.

CIII

Yo suelo con tu nombre, niña hermosa,
por más que el curso de mi edad avanza
hacer mi alma dichosa.
¡Sabe tan bien el pan de la Esperanza
que ya no me alimento de otra cosa!

CIV

Tus ojos, con que el alma nos sondeas,
son dos soles que alumbran con ideas.

CV

En novelas de amor el sentimiento
tiende á empezar por el final del cuento.

CVI

No le gusta el placer sin violencia;
y por eso ya cree la desgraciada
que ni es pasión, ni es nada,
el amor que no turba la conciencia

CVII

Tan grande es tu virtud que estoy seguro
que es verdad lo que dicen muchas gentes
que á fuerza de ser puro
se mueren con tu aliento las serpientes.

CVIII

Aspiré á verte un día,
pero después de verte
como dijo Jesús, Dolores mía,
«mi alma quedó triste hasta la muerte.»

CIX

Feliz si en tu semblante aun ve tu esposo
la materia en estado luminoso!

CX

¿Por qué se olvidaría la escritura
de hablarnos de los tristes por hartura?

CXI

Al darme la postrera despedida,
me lanzó una mirada
que en el pecho clavada
la llevé todo el resto de mi vida.

CXII

¡Es un sueño de amor su triste historia!
Nació; fué amable, candorosa y bella.
Amó; reinó; murió; se abrió la gloria,
entró, y el cielo se cerró tras ella.

CXIII

Lleva el bien del palacio á la cabaña
cual la inmortal *Santa Isabel de Hungría*;
y, puesta en los altares, algún día
la llamarán *Santa Isabel de España*.

CXIV

Hay seres con el alma más pesada
que el barro vil sobre que va encarnada.

CXV

Te sobra corazón, y, siempre amante,
aplicas á otras cosas el sobrante.

CXVI

Dejando al tiempo que ande,
y viviendo en un éxtasis risueño,
como decía Calderón el Grande
voy tomando la vida como un sueño.

CXVII

No hay mujer que no sea,
al huir de algún hombre, Galatea.

CXVIII

Merced á tus encantos sobrehumanos
no pueden retratarte los pintores
porque, al ver de tu cara los primores,
el pincel se les cae de las manos.

CXIX

Odiando el matrimonio,
¿te casas? Pues mejor para el demonio.

CXX

Cuanta es mayor por ti mi idolatría,
tanto más admirarte necesito,
pues halla al contemplarte el alma mía
cuando escucha tu acento, la alegría;
cuando mira á tus ojos, lo infinito.

CXXI

Quise un día pintarte en mi embeleso,
Blanca, este fuego que en mis venas arde,
mas callé, porque ví que para eso
ó yo nací muy pronto, ó tú muy tarde.

CXXII

Con tal que yo lo crea,
¿qué importa que lo cierto no lo sea?

CXXIII

No llores y hazte cargo
que esa prenda querida
al dejar esta vida
pasó de un sueño corto á un sueño largo.

CXXIV

¡Dichoso ser! ¡Muere con el consuelo
de pensar que morir es ir al cielo!

CXXV

¿Pues no quiere que crea
que vió en Valencia una hortelana fea?

CXXVI

Ahora que á hablar de su virtud comienza,
yo me cubro el semblante,
porque me da vergüenza
de pensar lo que pienso en este instante.

CXXVII

Nos da la Iglesia el inmortal consuelo
de que el bueno al morir *nace en el cielo*.

CXXVIII

Convirtiendo en virtud la hipocresía,
y ajustando las leyes á su gusto,
como muchos fanáticos de hoy día
para ser más bribón finge ser justo.

CXXIX

Mientras de unirme á ti se acerca el día,
tu amor recuerdo y tu virtud imito,
tu virtud que era inmensa, madre mía,
y tu amor maternal que era infinito.

CXXX

La que ama un ideal, y sube... y sube...
suele morir ahorcada de una nube.

CXXXI

Pues que tanto te admira
el saber de los viejos,
voy á darte el mejor de los consejos:
cree sólo esta verdad: « Todo es mentira. »

CXXXII

Para él la simetría es la belleza,
aunque corte á las cosas la cabeza.

CXXXIII

Odia esa ciencia material que enseña
que el que muere es feliz, duerme y no sueña.

CXXXIV

No olvides que á Dios plugo
curar con un deseo otro deseo.
Mata el verdugo al reo,
y al verdugo después otro verdugo.

CXXXV

Es mi fe tan cumplida
que adoro á Dios, aunque me dió la vida.

CXXXVI

El corazón hacia los veinte abriles
suele creer con el más vivo anhelo
que es dueño universal de esos pensiles
cerrados por la bóveda del cielo.

CXXXVII

Odio á esa infiel; mas durarán mis sañas
hasta el día feliz en que me llame,
pues cuando toca á ellas esa infame
siempre le abren las puertas mis entrañas.

CXXXVIII

Nunca tendrán utilidad alguna,
sin el amor, la ciencia y la fortuna.

CXXXIX

Como te amaba tanto,
el curso se torció de mi destino;
pues iba para santo,
y después que te ví, perdí el camino.

CXL

Una vieja muy fea, me decía:
«en cuanto á la virtud, creo en la mía.»

CXXLI

Yo creo al contemplarte tan hermosa
que hasta serías en Atenas diosa.

CXXLII

Toda cosa es nacida
para tener un trágico destino;
y girar y girar en remolino
en torno del sepulcro: esta es la vida.

CXXLIII

Como los quieras complacer á tantos
á millares tendrás los desencantos.

CXXLIV

¡Cuántas horas felices y tranquilas
pasará de tí enfrente,
el que pueda vivir eternamente
asomado al balcón de tus pupilas!

CXXLV

Mientras ya me dan pena
el oro y los diamantes,
envidio esos instantes
en que van, agachándose en la arena,
á coger caracoles dos amantes.

CXLVI

¡Feliz, quien como un canto del camino
se deja ir y venir por el destino!

CXLVII

Eres, Julia, tan bella, que estoy cierto
que ve en tu rostro el que á tu lado pasa
el manantial que Agar vió en el desierto
cuando fué despedida de su casa.

CXLVIII

Toda mujer, en el amor postrero,
se rebaja cada año un año entero.

CXLIX

Esa fué tan coqueta, tan coqueta,
que era, excepto en matarse, una Julieta.



CL

No hay experiencia ni saber que impida
el tener desengaños,
yo haré pronto cien años
y no he hecho más que errar toda mi vida.

CLI

Cual la hormiga, juntamos el dinero,
y luego... esparce Dios el hormiguero.

CLII

De la mujer, cual tú, que nada espera,

amando á falta de hombres, cualquier cosa,
como el ave simbólica y famosa
el corazón arde en su propia hoguera.

CLIII

Si en amar soy prudente
es porque, escarmentado,
para obrar con cordura en lo presente,
tengo puesto un oído en lo pasado.

CLIV

Es buena, pues se duerme como un leño
y al irse la virtud se lleva el sueño.

CLV

Fué causa de mis muchos desencantos,
una asceta instruida,
que aprendió por las vidas de los santos
las cosas menos santas de la vida.

CLVI

¡Quién de su pecho desterrar pudiera
la duda, nuestra eterna compañera!

CLVII

Tu amor ardiente y tierno,
es tan puro además, que será eterno.

CLVIII

Sólo la edad me explica con certeza
por qué un alma constante, cual la mía,
escuchando una idéntica armonía
de lo mismo que hoy saca la tristeza,
sacaba en otro tiempo la alegría.

CLIX

Prohíbeles tu amor con tus desdenes.
Sin frutos prohibidos no hay Edenes.

CLX

¡Pensando en los adioses de aquel día,
en llanto me deshago!
¡No puede describirte el alma mía
los cien siglos de horror de un día aciago!

CLXI

Que no pidas, Manuela, te suplico
á mi edad madrigales ni consejos,
porque sé que detrás del abanico
os burláis las mujeres de los viejos.